

feudo y decide ponerse en manos de un asesor de imagen.

“Retrato de familia con catástrofe” es un impagable delirio que Zarraluki escribió asesorado por un matemático desequilibrado. Para mí es un cuento sencillamente inolvidable, con un sentido del humor que guarda cierto aire de familia con el de García Hortelano de *Gramática parda* (para entendernos), bastante atípico en nuestra tradición.

— ANA RODRÍGUEZ FISCHER

NOVELA

La otra ficción



Paulo José Miranda
Un clavo en el corazón
Traducción de Antonio Sáez Delgado, Periférica, Cáceres, 2007, 113 pp.

Situar una novela en el siglo XIX no implica necesariamente ahogar al lector en las marismas de la retórica. Menos aún abrir la puerta a cañonazos, a palacios y al resto de las convenciones efectistas de la actual narrativa histórica. La mercadotecnia editorial ha creado el espejismo de que ya no es posible retrotraerse antes de 1945 para novelar desde las ideas. Pero libros como *Memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, permanecen incólumes, iluminando con su inagotable despliegue de consideraciones morales y con su prosa densa y bien trabada, a todo aquél que esté dispuesto a aventurarse en este género tan maltratado. Ignoro si Paulo José Miranda, portugués residente en Estados Unidos, se encontraba al tanto del trabajo de la escritora belga a la hora de concebir esta obra, primera de una trilogía dedicada al acto creativo, pero a raíz de sus logros ha demostrado

que el escenario no importa, y que, efectivamente, la ficción resplandece si se la aborda desde la atalaya del pensamiento.

Un clavo en el corazón es un texto de ficción que muestra la carta que Tiago da Silva Pereira le dirige al poeta Cesário Verde. Ambos personajes existieron y formaron parte del universo poético portugués del XIX. La misiva está redactada desde la admiración y la agonía: Da Silva se encuentra moribundo, y no desea partir sin ofrecerle a su amigo y admirado poeta un comentario sobre el último poema de éste, así como una serie de recomendaciones complementarias sobre el arte y la vida. De este artificio narrativo brotan los tres planos del libro, muy bien imbricados. El narrativo nos informa de la devoción de Da Silva por Verde, de los amores del propio Da Silva así como de un enredo que Verde ha mantenido con la hermana de éste. Sin embargo, Paulo José Miranda se abstiene de desarrollar estas tramas. Su verdadero interés se localiza en el despliegue de un segundo plano discursivo desde el que aborda, a través de la digresión, ciertos asuntos intelectuales. Es aquí donde se localiza el núcleo de la obra y donde ésta alcanza una brillantez inusitada. Conforme Da Silva, alter ego de Miranda, va escribiendo la carta, lanza distintas enunciaciones sobre ética y estética que arrojan luz sobre determinados aspectos del acto creativo. Las limitaciones que debe asumir un traductor en su trabajo, una metáfora brillante sobre el estilo poético y una definición de éste como agente disgregador de las tradiciones expresivas colectivas, una consideración sobre el antagonismo entre el filósofo y el poeta, el debate pre-Joyce sobre las limitaciones de la novela para combinar una representación eficaz de las interioridades del ser humano con el relato de sus acciones... Son muchas, y todas encuentran una formulación exquisita. Además, Da Silva vierte también otras consideraciones sobre temas menos específicos que, acorde con el tono del texto, presentan un matiz pesimista, casi resignado. Y del mismo modo que

ocurre con las anteriores, resulta delicioso paladearlas, porque es bastante cierto, por ejemplo, que la creación literaria precisa casi siempre del dolor y del aislamiento, y también que cuando alcanza la extraña recompensa de la genialidad, cosecha incompreensión. O que el amor distrae el espíritu porque al aliarse con la diversión desdeña el placer, que es una pulsión bastante más instructiva. Lo reseñable es que estos discursos no quedan huérfanos de una trabazón común, de una justificación, porque hay una orientación ideológica que les otorga coherencia: la reivindicación del clasicismo frente al romanticismo. En este terreno ideológico, Da Silva se muestra explícito en rechazar tanto las utopías políticas como los bríos sentimentales propios de esta corriente de pensamiento, porque generan falsas quimeras y ahogan el buen gusto poético con su desborde de magnificencias gratuitas. La contextualización de los sucesos que cuenta Da Silva en su carta queda resuelta con la creación de este tercer plano histórico, que resulta bien dibujado sin necesidad de recurrir a ninguna de las convenciones antes mencionadas —la reproducción superficial de habla y escenarios, etcétera. Basta con cuestionar este romanticismo tocado de muerte, con realizar una estratégica alusión a la Sintra que visitó Lord Byron, con hacer aparecer fugaz y pertinentemente a unos pocos personajes de la época para instalar al lector en este tiempo de cambio en el que transcurre la novela.

Su punto débil, sin embargo, reside en el empalago en que a veces cae la prosa. Este Da Silva que alecciona desde la admiración a su maestro dota a su escritura de un engolamiento algo cansino. Siendo un hombre de demostrada capacidad analítica, quizás le sentaría mejor un poco más de sujeción en sus afectos. Y, ya puestos, a lo mejor su estertor conforma un artificio dramático innecesario. Se ignora si responde a lo verídico de los acontecimientos, pero el texto posee tal fuerza discursiva, tal hondura literaria, que basta ese mínimo relato

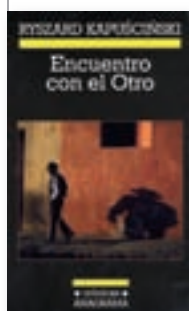
LIBROS

de los amoríos de los personajes para sujetar narrativamente el torrente de consideraciones teóricas que lo convierten en una novela ensayística o filosófica antes que histórica. Ahora bien, son imputaciones menores a una obra excelente, de la que están en marcha la traducción de sus continuaciones: *Natureza morta* y *Vicio*, aparecidas originalmente en 1999 y 2001. —

— ROBERTO VALENCIA

ENSAYO

Puzzle



Ryszard Kapuscinski
Encuentro con el Otro
Traducción de
Agata Orzeszek,
Anagrama,
Barcelona, 2007,
98 pp.

Una joven camina junto al mar. La observamos desde lejos, reparando en las huellas que imprimen sus pies en la arena, en sus pantalones vaqueros, en la camisa ajustada que acentúa las curvas de su cuerpo; pensamos sin recelo que se trata de una mujer occidental a la orilla del Mediterráneo. Pero es el Golfo Pérsico, la costa árabe de Dubai. La joven tiene la cabeza completamente cubierta por un *chador* que nos impide ver los rasgos de su cara, la expresión de sus ojos, el dibujo de sus labios.

Las fronteras se desvanecen. La línea que separa una cultura de otra es cada vez más tenue. El mundo ya no es diseñado únicamente desde la unilateral perspectiva del hombre europeo, paternalista y colonizador. Pueblos independientes del planeta entero alzan la voz demandando ser escuchados. La fiebre democrática se eleva como la nueva panacea política y social: al fin seremos libres, al fin seremos felices. Una pandemia

tecnológica se expande velozmente y alcanza todos los confines de la tierra. La pesadilla de Orwell se cumple: todo es visto, todo es oído. Las razas se mezclan. Lenguas y códigos se universalizan. La aceleración de los tiempos engendra al hombre híbrido: aquel que aún no accede por completo a la aldea global y que, a la par, atestigua cómo las raíces que lo identifican desaparecen poco a poco. La zozobra se traduce en tendencias radicales: un exacerbado nacionalismo conduce a la xenofobia; un cosmopolitismo malentendido arrasa con las tradiciones y la memoria de los pueblos. La figura del individuo se tambalea ante un porvenir quizá en su totalidad globalizado. Miles de preguntas se formulan.

Partiendo de esta realidad y con la intención de manifestarla de soslayo, Ryszard Kapuscinski (Polonia 1932-2007) se detiene a reflexionar sobre el encuentro del hombre con su semejante, aquello que para él constituye “la experiencia básica y universal de nuestra especie” y un reto inexorable del siglo XXI. Las seis conferencias compiladas en *Encuentro con el Otro* —dictadas en diferentes foros a partir de 1990— presentan una constante generalizada: el devenir histórico-filosófico de ese fenómeno como punto de partida para hallar respuestas. Kapuscinski lleva a cabo la gran síntesis: emprende una retrospectiva histórica que señalará las épocas o acontecimientos fundamentales para la evolución del pensamiento sobre el Otro (la antigua Grecia, la Ilustración, el surgimiento de la antropología como ciencia, la filosofía dialoguista del siglo XX) y los pensadores que influyeron en ello. Bronislaw Malinowski, Emmanuel Lévinas y Józef Tischner son los nombres principales. A partir de ellos, Kapuscinski desarrolla su teoría del espejo: el Otro es el reflejo del Yo; la vía para conocerme a mí mismo. No sólo somos iguales, sino responsables el uno del otro porque de nuestro encuentro depende alcanzar el Bien. Más aún: acercarnos a Dios. Desde

luego, esto dista de ser sencillo. Para Kapuscinski, cada persona encierra dos personas: aquella en su calidad de especie humana y la que está determinada por su cultura, limitada por su lengua y condicionada por su religión. Y es eso precisamente: aprender a conciliar. ¿Cómo? Más allá de cualquier situación histórica la respuesta no varía. Mediante el diálogo, la apertura y la cooperación. “Dejamos de temer aquello que hemos aprendido a entender” escribió Marie Curie, y ahora Kapuscinski lo extiende: “la buena disposición hacia otro ser humano es esa única base que puede hacer vibrar en él la cuerda de la humanidad”.

Nos encontramos, no cabe duda, ante el mismo Kapuscinski bienintencionado, pero en esta ocasión hay algo que no encaja plenamente. Dejando a un lado la retórica por momentos exageradamente recargada y el tono condescendiente que envuelve casi todo el libro, en el fondo hay algo mucho más dramático: los textos, en general, carecen de pulpa, de sustancia. El autor incurre en una falta poco justificable, más allá de la obligada fragmentación: se repite demasiado; tras quince años de reflexión entre la primera y la última conferencia, sigue diciendo prácticamente lo mismo; mismas referencias, mismas conclusiones: cualquier respuesta sería un intento de respuesta; el futuro es una gran incertidumbre. Muchas interrogantes permanecen en el aire y se peca, por lo tanto, de navegar en la superficie. Nos conformamos con una esquematización puntual y ciertos atisbos que surgen de la voz más plausible de Kapuscinski: no la que teoriza, sino la que exhibe desde la experiencia propia. El resultado: un puzzle que el lector arma con los planteamientos destacables que lentamente va encontrando.

Debo confesarlo. Me acerqué con gran expectativa al último libro de un autor al que admiro. Lo único que digo ahora es que este Kapuscinski, simple y llanamente, queda debiendo. —

— ANDRÉS DEL ARENAL